

temas selectos del primer evangelio (III) el sermón del monte

José L. Sicre

El primero de los cinco grandes discursos que contiene el primer evangelio, el famoso Sermón del Monte, tiene lugar cuando los primeros discípulos y la multitud se reúnen en torno a Jesús. Es un discurso programático, que delimita la postura cristiana frente a otras opciones religiosas de la época. Antes de instruir a sus discípulos para la misión, antes de revelarles el misterio desconcertante del Reino o de instruirles sobre los posibles problemas y tensiones comunitarias, Jesús expone la forma de vida que espera y exige de sus seguidores.

Mateo ha compuesto este discurso uniendo frases pronunciadas por Jesús en momentos muy distintos (ver Lucas 6,17-49, donde el discurso es mucho más breve). A veces resulta difícil saber qué relación tienen algunas afirmaciones con lo que antecede o sigue (p.e., Mt 6,22-23; 7,6). Pero, en conjunto, el discurso tiene gran unidad y abarca una serie de temas capitales, aunque no pretenda ser exhaustivo.

Estructura del discurso

Según Joachim Jeremias, para comprender su estructura hay que partir de 5,20, donde Jesús contrapone la fidelidad cristiana a la de los escribas y fariseos. Los primeros, doctores en teología, representan el elemento intelectual-religioso dentro de Israel. Los fariseos representan a los seculares piadosos. Este segundo grupo gozaba de gran ascendiente entre el pueblo y destacaba por su piedad. Jesús, sin embargo, afirma que la fidelidad del cristiano debe superar la de estos dos grupos. Teniendo en cuenta estos datos podemos dividir el discurso de la siguiente forma:

I. INTRODUCCIÓN (5,3-16)

- ¿Quiénes pueden adoptar una actitud cristiana?
(las bienaventuranzas)
- ¿Qué peligros corren?

II. CUERPO CENTRAL (5,17-7,12)

1. Advertencia preliminar (5,17-20)
2. La actitud cristiana ante la Ley (5,21-48)
(contra la postura de los escribas)
3. La actitud ante las obras de piedad (6,1-18)
(contra la postura farisea)
4. La actitud ante el dinero y la providencia (6,19-34)
5. La actitud ante el prójimo (7,1-12).

III. EPILOGO (7,13-27).

Requisitos para mantener una actitud cristiana.

Antes de entrar en el discurso propiamente dicho debemos prestar atención a la ambientación de Mateo. "Al ver Jesús el gentío subió a la montaña, se sentó y se le acercaron sus discípulos. El tomó la palabra y se puso a enseñarles así".

Este texto, que parece tan sencillo, tiene más profundidad de lo que imaginamos. Lo primero que llama la atención es el público: "al ver Jesús el gentío". En 4,24-25 se dice quién forma ese gentío: "enfermos de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, epilépticos y paralíticos... multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania". No es gente importante y poderosa, ni tampoco grupos de galileos que luchan por la liberación de Roma. Es la procesión de todos los que sufren y buscan curación de sus enfermedades. En 4,24 se ha dicho que Jesús los sanaba. Pero no se contenta con eso. Tiene algo más grande que ofrecerles: la posibilidad de formar un nuevo pueblo de

Dios, donde todos se esfuercen por conseguir un mundo mejor. Por eso va a proclamar su programa del Reino de Dios.

Según Mateo, Jesús pronuncia este discurso programático en una montaña. Igual que Moisés subió al Sinaí para conocer la voluntad de Dios y transmitirla al pueblo, Jesús "subió a la montaña". Pero Mateo añade unos detalles muy significativos: "se le acercaron sus discípulos, y El tomó la palabra y se puso a enseñarles así". Para comprender la novedad que esto supone hay que recordar el episodio de Moisés en el Sinaí:

"Traza un límite alrededor (del monte) y avisa al pueblo que se guarde de subir al monte o acercarse a la falda; el que se acerque es reo de muerte. (...) Al tercer día por la mañana hubo truenos y relámpagos y una nube espesa en el monte, y el pueblo se echó a temblar en el campamento (...) El monte Sinaí era todo una humareda, porque el Señor bajó a él con fuego; se alzaba el humo como de un horno, y toda la montaña temblaba. (...) El Señor bajó a la cumbre del monte Sinaí, y llamó a Moisés a la cumbre. Cuando éste subió, el Señor le dijo..." (Exodo 19,12-21).

Mateo, que escribe para lectores judíos, subraya el contraste entre las dos escenas. No estamos en un mundo de miedo, fuego y relámpagos, que provoca la muerte del que se acerca. Los discípulos de Jesús suben a donde El está, sin que siquiera los inviten. Por otra parte, Jesús no precisa esperar a que Dios le hable. El mismo toma la palabra y comienza a enseñar, con esa autoridad suprema que le reconocerá al final la multitud (ver 7,28-29).

Las bienaventuranzas

El comienzo del discurso también resulta sorprendente. No empieza exhortando a la conversión, no amenaza con la inminencia del castigo. Arranca con la proclamación de las bienaventuranzas. A través de ellas Jesús nos presenta a distintos grupos de personas que serán capaces de captar su mensaje y ponerlo en práctica. Son la tierra buena que dará el 30, el 60 o el 100 por uno; la gente sencilla que entiende y agradece la revelación de Jesús.

Para entender las bienaventuranzas del Evangelio de Mateo hay que tener en cuenta la manera en que están formuladas. Este género literario es conocido desde el AT:

"Mi corazón guarda nueve bienaventuranzas
y mi boca proclamará la décima.

Dichoso el que se alegra con sus hijos,
el que no tiene que servir a un inferior;
dichoso el marido de mujer sensata,
el que no tiene que arar con buey y asno;
dichoso el que vive para ver la derrota de sus rivales,
y el que no resbala con la lengua;
dichoso el que encuentra un amigo,
y el que no habla a oídos sordos;
grande es el que alcanza la sabiduría,
y nadie como el que teme al Señor" (Eclesiástico 25,7-11)

La bienaventuranza propone un valor que cualquier persona admite de antemano y que a todos les gustaría tener. Por ejemplo, alegrarse con los hijos, tener una mujer sensata, encontrar un buen amigo, etc. Como si dijésemos ahora, "dichoso el que tiene un hijo responsable", "dichoso el que tiene un trabajo fijo", etc.

Por tanto, las bienaventuranzas hablan de cosas tan evidentes que no necesitan justificación. Y esto es lo primero que llama la atención en las bienaventuranzas de Jesús: todas van acompañadas de una explicación ("porque ellos tienen a Dios por rey", "porque ellos serán consolados", etc.). Lo cual significa que Jesús no propone unos valores evidentes a primera vista; proclama dichosas a personas que mucha gente consideraría desgraciadas. Por eso se ve obligado a añadir una explicación.

Otro detalle interesante se refiere a ese premio prometido: en la primera y última es "el Reino de los cielos". En realidad, todas las otras se refieren también a ese Reino de los cielos, sólo que fijándose en determinados aspectos concretos. Este premio no podemos interpretarlo sólo como algo de la otra vida. Comienza a realizarse en ésta. Dicho en palabras sencillas, todas esas personas son dichosas porque pueden formar parte de la comunidad cristiana (Reino inicial de los cielos) y, más tarde, del Reino definitivo de Dios.

A continuación comentaré las ocho bienaventuranzas que presenta el evangelio de Mateo en este momento. Con una advertencia previa. Jesús hablaba a la gente en arameo, pero los evangelios se escribieron en griego. Esto hace que muchas veces no sepamos con exactitud el sentido de sus palabras. Por eso existen diversas traducciones. Cuando un término resulte ambiguo recurriré al AT o a los mismo evangelios para exponer los posibles sentidos que pueda tener.

1) DICHOSOS LOS POBRES EN ESPÍRITU
PORQUE ÉSOS TIENEN A DIOS POR REY.

La primera bienaventuranza se ha prestado a muchas discusiones entre los especialistas de la Biblia. Tradicionalmente se conoce a este grupo como el de "los pobres de espíritu". Pero esta traducción conviene abandonarla, porque "pobre de espíritu" ha terminado significando en castellano algo así como "mezquino", "apocado", y Jesús no se refiere a estas personas. Para comprender la dificultad, recordemos que Juan Mateos ha traducido en ediciones sucesivas esta bienaventuranza de la siguiente forma: a) "dichosos los que saben que son pobres"; b) "dichosos los que eligen ser pobres".

Voy a dar una interpretación personal, que no pretende ser la mejor, y luego indicaré otras interpretaciones posibles.

1) Mi punto de partida es situarme entre el auditorio de Jesús, esa multitud venida de todas partes, gente pobre y sencilla¹. ¿Qué entendería uno de ellos al escuchar estas palabras? En el contexto nacionalista y revolucionario de Galilea, no resultaba extraña la exaltación de los pobres, que tiene fuerte tradición en el Antiguo Testamento. Lo que llama la atención es que se añada "en espíritu". Viene a decir que lo importante no es sólo la pobreza material sino también la actitud interior. Recuerden lo que comenté a propósito del lago de Galilea. En el norte, donde predicaba Jesús, ambiente pobre y sencillo de pescadores y campesinos. Al sur, Tiberias, la corte, el lujo. Si nos situamos en el monte tradicional de las bienaventuranzas (aunque no tenga nada de histórico) se comprende muy bien este mensaje. Jesús no proclama dichoso al pobre sin más, sino al pobre que no quiere ser como los de Marbella y Mallorca. Esta actitud resulta rara. Pero Jesús dice que quien la mantiene recibirá una finca mucho más grande y mejor, el Reino de los cielos.

En esta línea, estoy bastante de acuerdo con Juan Mateos cuando comenta: "El sentido de la bienaventuranza es, por tanto, "los pobres por decisión", oponiéndolos a "los pobres por necesidad". Es la interpretación que Jesús mismo propone en 6,24, la opción entre dos señores, Dios y el dinero"².

¹ De ella puede decirse lo que dirá san Pablo de la comunidad de Corinto: "Hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos ni a muchos de buena familia; todo lo contrario, lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, de lo escogió Dios" (1 Cor 1,26-29).

² J. Mateos/F. Camacho, *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*, 53.

2) Bonnard: "Estos pobres son los que por una larga experiencia de la miseria económica y social han aprendido a no contar más que con la salvación de Dios. Se trata de una condición humana material y espiritual a la vez (...) No tienen nada que decir ni nada que esperar de la sociedad"³.

3) Para otros, en línea más espiritual, Jesús proclama dichosas a las personas que se reconocen pobres ante Dios. Lo típico del pobre es que sabe que no puede subsistir por sí mismo, que depende de la ayuda ajena, y, al mismo tiempo, que no puede exigir esa ayuda como un derecho; piensa que los demás no tienen obligación de ayudarle; por eso tiende la mano. Del mismo modo, "el que se reconoce pobre ante Dios" sabe que no puede subsistir por sí mismo, que depende de la misericordia del Señor, sin poder exigirle nada ni pasarle la cuenta. Por muchas obras de piedad que realice, por muchas limosnas que dé, por mucho que rece, por mucho que intente ser fiel a Dios, sigue considerándose pobre, necesitado de perdón y de misericordia. Esta actitud la encontramos muy bien reflejada en el publicano de la parábola, que desde el fondo de la sinagoga reza humildemente: "Ten piedad de mí, Señor, que soy un pobre pecador". Es posible que haya hecho muchas cosas buenas, que cumpla bien su difícil oficio, que no sea injusto y rece con frecuencia. Sin embargo, se considera "un pobre pecador".

El peligro que puede tener esta gente es el de ser tan humildes, el considerarse tan sin méritos propios, que incluso lleguen a pensar que son muy poca cosa para Dios. Jesús los anima diciéndoles que su actitud es una de las que Dios más estima. Que pueden sentirse felices, porque tendrán a Dios por rey, pueden entender el evangelio y formar parte de la comunidad de sus discípulos.

Ya que la formulación de Mateo es ambigua, conviene no descartar ninguna de estas posibles interpretaciones: la humildad ante Dios o la elección de la pobreza como forma de vida. En cualquier caso, la gente normal pensaría que estas personas están locas o viven de ilusiones. Pero Jesús dice que tienen mucha suerte.

2) DICHOSOS LOS QUE SUFREN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS.

¿En qué personas está pensando Jesús? Para saberlo, conviene recordar un texto del libro de Isaías:

"El Señor me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren,

³ P. Bonnard, *Evangelio según san Mateo*, 91.

para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar la amnistía a los cautivos
y a los prisioneros la libertad,
para proclamar el año de gracia del Señor.
(...)
para consolar a los afligidos,
los afligidos de Sión;
para cambiar su ceniza en corona,
su traje de luto en perfume de fiesta,
su abatimiento en cánticos." (Is 61,1-3)

Se advierte que "los que sufren" son "los afligidos de Sión", es decir, el pueblo judío. Y su sufrimiento se debe a la dura opresión a la que lo sometieron los babilonios en el destierro. Por consiguiente, al decir Jesús "dichosos los que sufren, porque van a recibir consuelo", quizá esté pensando en todo su pueblo, sometido de nuevo a la esclavitud de los romanos.

Pero no podemos descartar otro aspecto, quizá más importante. Jesús sabe la enorme cantidad de sufrimiento que invade el mundo⁴. Y el miedo terrible que tiene la gente a sufrir. El que sufre se siente en muchos momentos abandonado de Dios y de los hombres. Puede tener la sensación de que su desgracia no acabará nunca. Pero Jesús les dice que su dolor no pasa desapercibido para Dios, y que un día "serán consolados" definitivamente. Y, lo que es igual de importante, que ese sufrimiento le capacita para entender el mensaje del Evangelio, la actitud de Jesús, que sufrió hasta la muerte, y para comprometerse con él.

3) DICHOSOS LOS NO VIOLENTOS, PORQUE ÉSOS HEREDARÁN LA TIERRA.

La tercera bienaventuranza nos habla de un grupo de suma actualidad. Generalmente se conoce como "bienaventurados los mansos". Esta traducción hace pensar inevitablemente en un tipo de toros y conviene olvidarse de ella. Pero ayuda a comprender de qué personas habla Jesús. Lo opuesto al toro manso es el toro bravo, el que embiste con fiereza y violencia. Frente a tantas personas ansiosas de acornear y embestir, Jesús exalta a las no violentas.

⁴ Las bienaventuranzas de San Lucas contraponen "los que sufren" a "los que lo pasan bien". Y el Apocalipsis habla del sufrimiento en relación con la muerte. Se trata, pues, al menos en el conjunto del NT, de algo más amplio que el sufrimiento por la opresión política.

La frase entera, "bienaventurados los no violentos porque ellos van a heredar la tierra" parece inspirada en el Salmo 37, donde se plantea el problema de personas honradas que se han visto desposeídas de sus tierras o de sus bienes por gente malvada y poderosa. La reacción espontánea, como dice el Salmo, es "exasperarse por los malvados", dejarse llevar por la indignación y adoptar posturas violentas. Sin embargo, el Salmista aconseja:

"cohibe la ira, reprime el coraje,
no te exasperes, y no obrarás mal;
porque los que obran mal serán excluidos,
pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra" (8-9).

Esta idea de "poseer la tierra" se repite siete veces en el Salmo, como un estribillo. Por consiguiente, la postura que defiende ante la injusticia es la de no violencia y esperanza en Dios.

No es raro que Jesús, que vivió en una época muy violenta y en un país agobiado por la dominación de un pueblo extranjero, los romanos, hablase de la no violencia. Este mensaje adquiriría especial importancia en Galilea, donde se daban con frecuencia movimientos revolucionarios. Los "pacifistas", los enemigos del recurso a las armas, podían estar mal vistos, incluso llegar a ser despreciados por parte del pueblo. Sin embargo, Jesús los proclama dichosos, porque está convencido de que su actitud es la única válida ante el grave problema de las injusticias y porque ellos comprenderán y aceptarán su mensaje de "poner la otra mejilla al que te abofetea" y de envainar las espadas, porque "el que a espada mata, a espada muere".

Pero esto no agota el sentido de la bienaventuranza. En Mt 11,29 Jesús se define a sí mismo como "manso" (praús), en el contexto de la "no violencia" religiosa. Jesús, durante su actividad, ha encontrado con frecuencia a gente que, desde el punto de vista religioso, se sienten "rendidos y abrumados" por el pesado yugo de normas y leyes que les han impuesto las autoridades religiosas, escribas y fariseos, que "lían fardos insoportables y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo" (Mt 23,4). Son gente violenta, no con espadas ni puñales, sino con normas y decretos. Jesús, en cambio, tiene una idea distinta de Dios. Y no quiere agobiar, sino dar respiro. Por eso, frente al yugo insoportable de los escribas y fariseos, él ofrece un yugo llevadero y una carga ligera (Mt 11,28-30). Sabemos lo mucho que debió sufrir Jesús por esto, por no observar el sábado, por criticar las tradiciones de los fariseos, por condenar a los legalistas. Y sabía que quienes adoptasen su misma

postura también serían criticados y perseguidos. Por eso los anima proclamándolos bienaventurados.

4) DICHOSOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA,
PORQUE ÉSOS SERÁN SACIADOS.

La palabra "justicia" puede hacernos pensar en justicia social. Sin embargo, el término que usa el evangelio tiene un matiz distinto, y podríamos traducir: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de ser fieles a Dios, de cumplir la voluntad de Dios". Cualquier persona religiosa desea ser fiel a Dios y cumplir su voluntad. Pero Jesús habla de los que "tienen hambre y sed", es decir, de los que están obsesionados por vivir de esa manera. Lo cual no es fácil, porque exige mucho sacrificio.

Dos capítulos antes (3,13-15) cuenta Mateo un caso concreto de esta actitud. Jesús llega desde Galilea al Jordán para que Juan lo bautice. No se trata de una estampa romántica. Quienes están en la fila ante Juan Bautista son personas que se reconocen pecadores. Y Jesús se pone detrás de ellos, como uno más. El Bautista no puede soportarlo y le dice: "Soy yo quien necesita que tú me bautices, y ¿tú acudes a mí?". Y Jesús le responde: "Déjame, que así es como nos toca a nosotros cumplir todo lo que Dios quiera". El término griego que se emplea en este caso es el mismo de la bienaventuranza (*dikaiosyne*). Jesús acepta la voluntad misteriosa de Dios, aunque tenga que aparecer públicamente como un pecador más. Y lo hace porque tiene hambre y sed de ser fiel a Dios. El Evangelio de San Juan dice lo mismo, con otras palabras, cuando Jesús afirma a sus discípulos después de hablar con la samaritana: "Mi alimento es cumplir la voluntad del que me envió" (Jn 4,34).

Ahora, al proclamar esta bienaventuranza, Jesús piensa en las personas que, como él, estén obsesionadas por ser fieles a Dios. Sabe que esto les traerá dificultades, incluso angustias de conciencia, pero les promete que su hambre y su sed "serán saciados". Y los proclama dichosos porque pueden entrar a formar parte de la comunidad cristiana.

5) DICHOSOS LOS QUE PRESTAN AYUDA,
PORQUE ÉSOS VAN A RECIBIR AYUDA.

El quinto grupo es quizá el menos difícil de entender y de aceptar, porque cualquier persona valora al que presta ayuda al prójimo. Pero la bienaventuranza, tomada en serio, es muy dura. Porque no se trata de prestar ayuda en un momento pasajero de la vida, cuando te viene la corazonada, sino de enfocar la

vida al servicio de los demás, renunciando incluso a la propia comodidad por ayudar al prójimo. Todos conocemos a personas que actúan de esta forma y terminan siendo incomprendidas, incluso por sus familiares y amigos, como si exagerasen, como si hicieran más de la cuenta. Pueden pasar por tontos, incluso pueden irritar a mucha gente. Pero Jesús dice que tienen mucha suerte, porque, cuando lo necesiten ellos, "recibirán ayuda", es decir, Dios les ayudará, y porque su actitud es de las que permite entrar en el Reino.

6) DICHOSOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN,
PORQUE ÉSOS VAN A VER A DIOS.

El hecho de que a veces se tradujera los "puros de corazón" ha provocado que se relacione esta bienaventuranza con la pureza y la castidad. Pero éste no es su sentido exacto. Igual que la tercera se inspira en el Salmo 37, ésta parece inspirada en el Salmo 24. En él se pregunta:

"¿Quién puede subir al monte del Señor?,
¿quién puede estar en el recinto sacro?" (v.3)

Dicho de otra forma, ¿quién puede entrar en el templo para "ver a Dios"? Y se responde:

"El hombre de manos inocentes y puro corazón,
el que no se dirige a los ídolos ni jura en falso" (v.4).

Esto nos da la pista para entender rectamente la bienaventuranza. Lo que caracteriza a los limpios de corazón no es la pureza, ni la castidad, sino el mantener en la vida una postura de amor a Dios y al prójimo. Amor a Dios, que excluye toda forma de idolatría; y amor al prójimo, que excluye toda forma de injusticia. Por eso, el "limpio de corazón" tiene también "manos inocentes" y "no jura en falso".

El Salmo 15, que también se pregunta quién puede acudir al templo del Señor, responde de forma parecida:

"El que procede honradamente y practica la justicia,
el que habla sinceramente y no calumnia con su lengua,
el que no hace mal a su prójimo ni difama a su vecino".

Se trata, pues, de un grupo de personas que mucha gente estima y respeta: los que practican la justicia y se entregan plenamente a Dios. Pero también este

grupo puede encontrar una fuerte oposición, cuando su actitud se convierte en reproche para algunos o cuando les lleva a negarse a componendas injustas. En ese momento, el que practica la justicia puede quedar marginado e incluso ser atacado. El que quiere ser fiel a Dios y no dar culto a los muchos ídolos que nos rodean (el dinero, el poder, la mentira) también se verá perseguido. Pero Jesús los proclama dichosos "porque verán a Dios", no sólo en la otra vida, sino en ésta. No se trata de que tengan "visiones" sino de que Dios se mantendrá siempre a su lado, dándoles fuerza y compañía.

7) DICHOSOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ,
PORQUE A ÉSOS LOS LLAMARÁ DIOS HIJOS SUYOS.

Esta bienaventuranza la conocemos generalmente como: "bienaventurados los pacíficos porque esos serán llamados hijos de Dios". El término "pacíficos" no es la traducción más exacta, porque sugiere una actitud pasiva, de gente tranquila que no crea problemas ni los alienta. Sin embargo, Jesús habla claramente de una postura activa: "los que trabajan por la paz". En cierto modo, esta bienaventuranza se relaciona con la de los no violentos, pero da un paso adelante. Se trata de personas que luchan por la paz, intentando transmitir este sentimiento a quienes lo rodean. Para un judío, la palabra "paz" abarca muchos aspectos, igual que para nosotros. No se trata sólo de la paz política entre las naciones, o de la paz social, dentro del propio país. Incluye también la paz con Dios, las paz en la familia, las buenas relaciones de todo tipo. Y, junto con esto, el concepto judío de paz incluye también la idea del bienestar individual y social. Luchar por todo esto supone un grado muy alto de desprendimiento, de entrega a Dios y al prójimo. Y de nuevo se puede pasar por tontos, por seres utópicos que no tienen en cuenta la realidad de la vida. Pero Jesús los bendice porque "a éstos los llamará Dios hijos suyos" y entrarán a formar parte de la comunidad.

8) DICHOSOS LOS QUE VIVEN PERSEGUIDOS POR SU FIDELIDAD,
PORQUE ÉSOS TIENEN A DIOS POR REY.

Se trata de las personas que intentan ser fieles a Dios, y esta fidelidad les ocasiona graves persecuciones. El ejemplo más claro es el del mismo Jesús, criticado, difamado, acusado y condenado a muerte por ser fiel a la voluntad de Dios. Pero Jesús sabía que detrás de él vendrían otros muchos con la misma postura. En algún momento pueden sentirse hundidos, pensar que están manteniendo una postura demasiado heroica, y tener la tentación de dejarlo todo y de adoptar una postura más cómoda en la vida. Menos fidelidad a Dios, y menos problemas. Pero Jesús los anima diciéndoles que "tienen a Dios por rey".

Este tema es tan duro que en los versos 11-12 se insiste en él con palabras muy exigentes.

En resumen, las bienaventuranzas nos dicen qué personas pueden entender y aceptar el mensaje de Jesús, incorporándose a la comunidad cristiana. Lo cual significa que las bienaventuranzas no son, ante todo, un código de conducta moral que dice: "así tienes que actuar si quieres ser cristiano". Es más bien una exposición de situaciones y de actitudes ante la vida que permiten entender el evangelio y entusiasmarse con las palabras de Jesús.

Por ejemplo, las bienaventuranzas no dicen: "Sufre, para poder entrar en el Reino de Dios". Lo que dicen es: "Si sufres, no pienses que tu sufrimiento es absurdo; te permite entender el evangelio y seguir a Jesús". No dicen: "Procura que te desposean de tus bienes para actuar de forma no violenta". Dicen: "Si respondes a la violencia con la no violencia, no pienses que eres estúpido, considérate dichoso porque actúas igual que Jesús". No dicen: "Procura que te persigan por ser fiel a Dios". Dicen: "Si te persiguen por ser fiel a Dios, dichoso tú, porque estás dentro del Reino de Dios".

Pero, al tratarse de los valores que estima Jesús, no cabe duda de que las bienaventuranzas se convierten también en un modelo de vida que debemos esforzarnos por imitar. Después de lo que dice Jesús, no podemos permanecer indiferentes ante actitudes como la de prestar ayuda, no violencia, trabajo por la paz, lucha por la justicia, etc. El cristiano debe fomentar esa conducta. Y el resto del Sermón del Monte le enseñará a hacerlo en distintas circunstancias.

(continuará)

José L. Sicre